

to. *Escenarios del cuerpo*, como toda buena antropología, nos muestra que el otro también es un yo.

### **Fernando Giobellina Brumana**

**La otra mano de Lepanto**, Carmen Boullosa, Siruela, Madrid, 2005, 466. pp.

La escritora Carmen Boullosa (México, 1954), que cuenta con el premio Villaurrutia en 1989, el Liberatur, en 1997 y el Anna Seghers, en 1997, otorgado por la Academia de las Artes de Berlín, centra, por lo general, sus novelas en temas históricos: Moctezuma, el periodo colonial mexicano, la vida de los piratas en el Caribe del siglo XVII... *La otra mano de Lepanto*, no escapa a la memoria histórica, en una España en la que la convivencia entre árabes, judíos y cristianos empieza a hacer aguas debido a la intransigencia y sin razón de los políticos que, con sus leyes, rompieron la paz para encarnizar los más oscuros sentimientos a favor de la limpieza de sangre y la pureza de raza, en un momento de necesaria cohabitación. Carmen Boullosa, ambienta esta novela en la época del católico Felipe II y su cruzada contra los árabes. La novelista, a través

de la gitana María la bailaora, realiza una novela río en la que se detallará la peripecia vital de esta mujer, recreación de *La gitanilla* de Cervantes, que conocerá la marginación y el sufrimiento en una España que no admite la diferencia. A pesar de la violencia a la que es sometida desde su infancia, María es un personaje de inolvidable ternura, potente y poético que permitirá a la autora de *El médico de los piratas*, reflexionar sobre la vida de la España del XVII, sobre todo, sobre las adversas circunstancias por las que atraviesan los moriscos, en la Granada de 1567, sometidos a todo tipo de vejaciones y a una despiadada persecución en su propia tierra, debido a la brutal orden de Felipe II al ordenar que España se limpie de moriscos. Carmen Boullosa, atraída siempre por personajes que rompen la convención social, por los proscritos, perseguidos y por los que se sienten extranjeros en su propio mundo, no duda en ponerse de parte de los moriscos y en describir a los cristianos como responsables del horror y decadencia que se instaló en la compleja España en la que se centra la autora. Carmen Boullosa no hace arqueología histórica, si se remonta al pasado es para explicar el presente. Como ella explica: «Sus novelas usan un soporte histórico, pero no están al servicio de la historia, no son ni

memorias, ni testimonios. Me gusta traicionar la realidad corrigiendo sus defectos o reinventándolos». Pero, también, aprovecha para denunciar y criticar la manipulación de la historia e invierte los términos al constatar el sistemático exterminio por parte de los cristianos. La labor de documentación ha sido exhaustiva ya que la novelista ha bebido en las fuentes de originales históricos: decretos reales, refraneros, crónicas de Lepanto, de las guerras de los moriscos, nuestros «clásicos porque no podía encontrar mi rutina en el New York convulsionado por el 11-M. Primero leí a Cervantes, Quevedo, Lope... con ellos fui dando con la novela». Son tantas las referencias que aparecen en esta novela que nos recuerda el axioma, defendido por un amplio sector de la crítica, que sostiene que ya no se escribe sino que se reescribe. Esta documentación de materiales históricos es transformada en ficción porque la autora no siente que tenga que ser fiel a la Historia y es que las fuentes no cuentan, siempre, toda la verdad, de ahí la necesidad que ha sentido esta escritora en completar los espacios en blanco. Carmen Boullosa posee un acervo cultural ingente pero no cae en lo académico, ni, mucho menos, en la exhibición de datos. Todo lo contrario, la increíble documentación en la que se ha sumergido

nos llega con naturalidad cercana en esta asombrosa y portentosa novela.

Lo dicho lleva a esta escritora no sólo a una imponente y magnífica recreación del ambiente, sino a una reflexión sobre el enigma de las razas, los mitos enemigos y culturales, así como a un tono estilístico acorde que implica un juego literario con la lengua barroca, gracias a lo cual el lector pasará por Granada, Lepanto, Nápoles, Argel... El recurso estilístico fundamental, muy barroco, por otro lado, será la antítesis: vida /muerte, libertad /cautiverio, pobreza /riqueza, armas /letras, desprecio /elogio, placer /dolor... El referente constante, Cervantes, «que ha sido una iluminación para mi obra», bien a través de referencias literarias: Lotario, el Licenciado Vidriera, o de su dolorosa biografía, cuando María se lo encuentra enfermo de malaria en una galera, y los clásicos que «son los fundadores de nuestra vida sentimental», de nuestra sensibilidad. Una novela de intensa energía y originalidad de una de las novelistas mexicanas más decisivas ya que se aparta de los temas y procedimientos habituales formales, independiente y fría ante las modas, más preocupada por expresar sus inquietudes, miedos y sueños. Una voz más atenta a ella misma y que, gracias a ello, nos ofrece una prosa deslumbrante y vigoroso-

sa, de nuevo, coherente con sus presupuestos estéticos iniciales.

**Mil y una muertes**, Sergio Ramirez, Alfaguara, Madrid, 2004, 351 pp.

La biografía de Sergio Ramírez (Masatepe, Nicaragua, 1942) está muy vinculada a dos pasiones personales: una, la política ya que, además de haber sido militante contra la dictadura de Somoza, fue, después de su voluntario exilio en Costa Rica y Alemania, miembro del movimiento sandinista, llegando a ser en 1985 Vicepresidente del nuevo gobierno revolucionario. La otra, la literaria, le ha proporcionado tres premios: el Internacional Dashiell Hammet de novela, el Laure Baillaillon a la mejor novela extranjera aparecida en Francia en 1998 y el Alfaguara de novela.

*Mil y una muertes*, título que corresponde a uno de los versos del poema *Epitafios*, del poeta mexicano Xavier Villaurrutia, narra la vida de un enigmático y contradictorio fotógrafo nicaragüense, llamado Castellón, que registra, en imágenes, los acontecimientos de la historia de Europa, desde la caída de Napoleón III hasta la entrada de los nazis en Varsovia. Sergio Ramírez se introduce en el relato para presen-

tarnos en primera persona, como a través de una serie de casualidades se topa, en distintos lugares geográficos, casi siempre en momentos en los que el novelista se encuentra en delicadas misiones diplomáticas en Europa, con documentos que se refieren al fotógrafo. Este conjunto de casualidades le llevarán a indagar y rastrear la vida de Castellón en los diferentes espacios en los que dejó huella: Varsovia, París, Madrid y Mallorca, visitados por el fotógrafo en 1987, 1991, 1992 y 1997. Siguiendo estas pistas casi de manera detectivesca, comprobará si lo que cuenta Castellón en sus memorias es verdad o no. Realidad y ficción se conjugan de manera extraordinaria en estas páginas, además de ser un binomio que ofrecerá el testimonio aterrador de un nicaragüense que ha viajado por Europa, «tierra de utopías», y que ha sido testigo directo de los campos de concentración judíos.

La novela, también, entrelaza, estructuralmente, el relato de las pesquisas sobre el fotógrafo, fallecido al final de la II Guerra Mundial, con las memorias escritas por Castellón en las, entre otras cosas, cuenta como su padre, Ministro de Nicaragua, trató de conseguir apoyos en la segunda mitad del XIX para construir el canal que uniría los dos océanos. Ello conduce a una reflexión so-

bre la búsqueda de la identidad de Nicaragua ya que cuando se hace la propuesta, el país latinoamericano intentaba salir de la oscuridad para lo cual la ayuda europea, para la construcción del canal, era fundamental. Pero a Europa no le interesaba Nicaragua y «el sueño fue para Panamá y todas las ilusiones quedaron en el desconcierto que fija el drama de la identidad nicaragüense. Para mi país el canal era su utopía civilizadora. Es bueno preguntarse qué otro país podría haber sido de haber unido el Pacífico y el Atlántico por el istmo de Rivas. Sería otro, racial y económicamente, como Panamá, no sé si con soberanía o sin ella. ¿Pero sería mejor? No creo, a mí no me gustaría ser ciudadano forzado de otro país y es lo que hubiera ocurrido», señala el escritor. Además, hay que decir que ni ingleses ni franceses apoyarían que un país considerado inexistente fuera reconocido en Europa como

real ya que, como dice el Ministro inglés en la novela: «Nicaragua era un país demasiado pequeño para tener en cuenta su existencia».

*Mil y una muertes* es, también, una reflexión sobre estética, que se nutre del ensayo histórico, la autobiografía, la crónica falsamente ajena; en este caso dos: una la de Rubén Darío y otra, la del poeta colombiano José María Vargas Vila, celoso y envidioso del autor de *Prosas profanas*. A través de la fotografía se exploran las vidas de personajes controvertidos: Chopin, Georges Sand, Turgueniev... deteniéndose en episodios poco edificantes, lo cual confirma que la estética visual puede complementar lo registrado literariamente, incluso, ampliarlo y profundizarlo, evitando la falsificación histórica y que quede al desnudo la derrota de los ideales.

**Milagros Sánchez Arnosi**